F 1331
B88

FONDO
FERNANDO DIAZ RAMIREZ

EL CERRO DE LAS CAMPANAS A TRAVES DE LOS TIEMPOS.

José A. Bustamante.

EPISODIOS HISTORICOS DEL ULTIMO IMPERIO.

En las afueras del vecindario de la Histórica Ciudad de Querétaro, enmedio de llanuras cultivadas, que poco a poco -- se van elevando, hasta formar casi al Poniente de la Población - una pequeña elevación rocallosa nombrada Cerro de las Campanas - está el sitio de gran resonancia histórica, especie de atalaya - desde cuyas alturas abarca la vista todo el Valle en pintorescas perspectivas.

Aislado y pequeño, se comunica la ciudad por una rampa muy suave, mientras por el lado que ve al campo por donde corre el río, está cortado a pico y es casi inaccesible, con sus - rocas unidas a la montaña por una sola de sus caras y que ciñe - su cima como una almena destruída o como una almena rota.

UNA LEYENDA Y HERMOSA PERSPECTIVA.

Según la Leyenda, servía de templo a la antigüedad,- dándosele el nombre de Las Campanas a esa pequeña colina, porque según se asegura ahí existen peñas que golpeándolas con una piedra, producen sonidos parecidos a los de campanas.

Igualmente se dice que durante el siglo XVII era el- lugar donde se reunían los duendes misteriosos y donde efectuaban sus aquelarres.

En la época de la guerra de independencia, fuertemente - atrincherada, estuvo la Colina resguardada por los Realistas y-- fué el punto de observación para evitar a la ciudad un ataque -- de los Insurgentes por los caminos de San Miguel y de Celaya.

Hacia el Oeste de ésta Colina se extiente una llanura -- considerable con cerros bajos de uno y otro lado, siendo enteramente plana hacia el Bajío, interrumpida solo por algunas elevaciones del terreno donde se hayan las Haciendas de San Juanico y de Carrillo.

Más tarde y cuando aún humeaba la sangre de los padines- del Imperio que ahí fueron fusilados, veíanse en el día multitud de señoras que regaban con su llanto aquél herizado promontorio- de piedras, del que recogían las pequeñas para llevarlas a sus - hogares y conservarlas como un recuerdo.

Por las noches cuando su silencio no era interrumpido -- por el paso de las locomotoras cuyos silbatos estridentes repercuten en toda la ciudad dormida, se oían los llantos que llena-- ban de pavor al vecindario cercano.

La gente ignorante y crédula pensaba que ahí tenían sustenidas las brujas y lloronas, terminando sus danzas con los primeros cantos de los gallos.

Estas consejas terminaron hasta la fundación de La Capilla conmemorativa, levantada en el mismo terreno donde exhalaron el último suspiro las formidables columnas del Segundo Imperio.

Colocado el observador en la cumbre del Cerro, vé para - el Oriente la ciudad monumental.

Al Norte el manso río que fertiliza nuestras campiñas; - las vías férreas que comunican la ciudad con Laredo y El Paso -- Texas y más lejos de su márgen derecho se desarrolla un sistema- de cerros de poca elevación, que sostuvieron las barerias repu-- blicanas en el Sitio de 1867.

Corre a la vista al Ocaso, perdiéndose en extensiones -- cultivadas y hacia el Sur para contemplar el Cimatario, de recor tada cresta, que ostentó también las baterias de fuego de los -- sitiadores.

EL SITIO DE LA PLAZA.

Terrible época para Querétaro.

La guerra y la muerte cruzaban en todas direcciones, bajo el cielo azúl y luminoso.

Durante más de dos meses (setenta y dos días) el olor de la pólvora y el nutrido silvar de los proyectiles, reemplazaron- el aroma de las flores y el dulce trinar de las aves, recibiendo los campos el riego de la sangre, en lugar de las aguas crista-- linas.

Veamos los trementos sucesos de que fué teatro esa peque ña eminencia rocallosa.

Corría el año de 1867.

Las fuerzas imperialistas se aproximaban a la ciudad, -- arribando a ella Maximiliano, con lo más brillante de su ejército el 19 de febrero del año citado.

El cuatro de marzo se anunció la inmediata aproximación - de las huestes republicanas y en el campo imperialista se acelera ron los preparativos para una batalla decisiva en que se pensaba.

A las cuatro de la mañana del día 6, las fuerzas de Maximiliano, estaban tendidas en batalla frente a la ciudad, formando un ángulo acutángulo cuyo vértice se apoyaba en el Cerro de las - Campanas, donde el Jefe imperialista había establecido su Cuartel General y según un testigo presencial, dormía en el suelo, envuel to en un zarape jazpeado, las pocas horas que consagraba al des-- canso.

El centro de la línea de defensa estaba en el Cerro for-- mando su ala izquierda la primera división de infantería, apoyándose por la derecha en la misma colina, extendiéndose por la iz-- quierda hacia la garita de Celaya.

El Cerro estaba defendido por un batallón de reserva y -- una batería.

La segunda división de infantería se extendía desde la -- derecha del Cerro hasta la Iglesia de San Gregorio, situada en la loma del mismo nombre.

Toda la línea de defensa formaba un ángulo de ciento diez grados.

El Cerro de las Campanas se fortificaba rápidamente, conduciéndose de la ciudad adobes y madera, a la vez que servían de- peones a los Ingenieros los presos por delitos leves, siendo el - lugar donde se reunieron muchas veces, Miramón, Márquez, Méndez,- Castillo y Arellano, para deliberar sobre los negocios diarios y- para observar mejor el campo republicano.

MANIFIESTO AL EJERCITO

Allí se redactó y formó el siguiente manifiesto, que no ha visto la luz en ninguna de las obras de Historia más conocidas:

El Emperador al Ejército:

"Soldados":

"Estamos en vísperas de sucesos que van a decidir definitivamente la suerte de nuestra querida patria.

"No es la ciega ambición, ni el espíritu de partido los que nos han impelido a ésta campaña, deseos y deberes más nobles ponen hoy la espada en nuestras manos; la consolidación de nuestra Independencia y el primer término de una guerra sangrienta- que conculca los vínculos sociales.

"He aquí todo nuestro anhelo: pensad bien éste y luchad con valor, energía y constancia, resueltos a alcanzar el triunfo como premio de vuestro probado patriotismo, y si la Providencia nos proteje, cuando seais vencedores, no olvideis respeto - a los vencidos, siendo vuestro deber de soldados que pertenecen a un ejército moralizado: tened presente lo que os recomiendo - en mi último decreto, y dejad a una severa justicia el cuidado- de castigar a los criminales; pues no debéis nunca abrogaros -- esa facultad.

"La ley se cumplirá y vosotros, si la suerte nos es propicia, conserveis sin mancha el brillo de nuestras armas.

"¡Soldados! "Viva México y su Independencia".

Maximiliano.

"Campo en el Cerro de las Campanas de Querétaro, a las diez de la noche del 6 de marzo de 1867".

UNA CUEVA MISTERIOSA.

Bajando de esa pequeña eminencia por una estrecha vereda en la parte Norte, se encuentra una cavidad de las rocas, cuya entrada está casi oculta por la maleza y los arbustos.

En el interior de esa pequeña gruta, acordó muchas veces Maximiliano con su Secretario Particular.

Maximiliano dice a su médico haber hecho un descubrimiento maravilloso.

En el costado septentrional encontró una cueva enclavada entre las rocas, con un banco de granito en el interior. Protegida contra los rayos del sol, circundada de altísimos nopales, entre los que revoloteaban los más graciosos colibrís, con una vista que se extiende hasta las azuladas montañas, parece haberse hecho a propósito para recrear el ánimo cansado convidando al reposo.

"No diga usted palabra de ésto a alma viviente" recomendó el Emperador a su Médico -"Aquí al menos podré estar solo", agregó, mostrándose contensísimo con ese tesoro.

Pero segurmanete otros ya también lo habían descubierto aprovechándose de él.

Cuenta Maximiliano que al bajar a esa cueva al medio día acompañado de su criado para comer allí, se encontró de manos a boca con una pareja de enamorados que también buscaban la soledad y que se sorprendieron con aquella súbita aparición, huyendo presurosos para sustraerse a las miradas indiscretas.

PREPARATIVOS PARA LA BATALLA.

Efectivamente según cuenta el Doctor Basch, ese Cerro - estaba poblado de cactus (nopales) elevándose poco por el lado- de la ciudad, pero hacia el Norte frente a la colina de San Gre gorio y al lado del camino de Celaya es sumamente escarpado.

Como allí se estableció en Cuartel General Imperialista las primeras noches reposaban en calma.

Hombres, caballos y mulas tendidos sobre las piedras y- los espinosos grupos de nopales, en pintoresco desorden.

Maximiliano llevó al Cerro un cobertor y un plaid, durmiendo por las noches como soldado entre la tropa, sobre el suelo y al aire libre.

A la madrugada del día siete se esperaba el ataque.- Ya- el Sol estaba muy alto sobre los montes. Solo se oyen algunos -- tiros aislados que se cambiaban las avanzadas con el enemigo.

A las nueve visitó Maximiliano la derecha, formada con - la división de Castillo.

Se escuchan los gritos de júbilo de los soldados viéndo- se al Emperador a caballo recorriendo el frente de batalla, te-- niendo particular empeño en la distribución de víveres a la tro- pa.

Los soldados estaban alegres y en magnífica disposición.

Todavía la mañana del día ocho de marzo se pasó sin ataque alguno, oyéndose distintamente los clarines del enemigo.

Maximiliano dió órdenes que se procediera a la tala de - nopales del cerro y de que se hicieranl las fortificaciones, re-

corriendo a las ocho el lado izquierdo, adelántándose hacia las-avanzadas.

Las fortificaciones se hicieron con presos de la cárcel, para no cansar a la tropa.

Considerando la gran importancia que tenía el Cerro y su posición favorable, éste día fué reforzado con el batallón de -- Celaya y cuatro cañones más colocados detrás de las trincheras.

A las nueve de la mañana se aproximó a la línea de defensa una división de caballería enemiga, para reconocer el terreno pero fúe rechazada con una pérdida de diez hombres.

Se verificó un Consejo de ese campamento, conferenciando Maximiliano con Aguirre y con los Generales Márquez y Vidaurri.

Al caer la tarde se reconcentró el enemigo cerca de San-Pablo, a un lado del Cerro de San Gregorio, es decir, al Norte - de la ciudad, por lo cual se colocó la reserva detrás del Cerro-de las Campanas.

Por la noche se avisa a Maximiliano en su lecho, que tenía a campo razó, desechando la tienda de campaña; que el enemigo hace un movimiento sobre el ala derecha, es decir hacia el río y San Gregorio, acordándose en Consejo de Guerra, que se haga -- una conversión de las dos alas, correspondiente al movimiento -- del enemigo, continuando como centro el Cerro.

El día diez hubo un nuevo Consejo de Guerra opinando Maximiliano por salir al campo a combatir, pero los Generales fueron de opuesto parecer.

A las diez recorrió la línea y visitó las avanzadas y a-las once y media pudo ver desde el Cerro de las Campanas, en la-llanura de Celaya, a todo el ejército liberal en órden de parada

para una revista, que duró más de tres horas.

Después del Consejo se presentó a Maximiliano una comisión de Generales para suplicarle que no se expusiera inútilmente al peligro y que desde esa noche, se volviera a la ciudad -- en donde estaba la reserva.

El General Mejía con un estilo un tanto tosco le dijo:

"Es menester que se buide, señor, porque si le sucede una desgracia, cada uno de nuestros Generales ha de querer ser Presidente".

Contestó que en aquellas circunstancias en Emperador --- tímido, haría mucho perjuicio y que era su firme intención permanecer en el Cerro.

Los conventos le enviaron imágenes de santos.

El Coronel de Caballería Quiroga hizo un reconocimiento y se trajo doscientas reses.

Ese día por primera vez, Maximiliano aceptó la tienda de campaña del General Almonte, que repetidas veces le había ofrecido el General Mejía.

LOS PRIMEROS DISPAROS.

A las tres de la tarde del día once, las baterías de ese Cerro hacen sus primeros disparos, para ejercitar su artillería.

La tarde del día doce de marzo, se establecieron las fuerzas frente a los Sitiadores, en una nueva línea a lo largo del -- río, apoyado el extremo izquierdo en el Cerro de las Campanas y - el derecho sobre el Convento de la Cruz.

Esa línea de defensa fué la que los Imperialistas sostuvieron con más demuedo, arrojo y valentía dignas de mejor causa.

Miramón tuvo a su cargo esa línea de defensa, que supo -- sostener vizarramente.

Al despuntar el día primero de abril, empezó un movimiento general en la plaza, pues los imperialistas con el mayor sigilo y protegidos por la niebla de la mañana, se concentraron con - objeto de emprender un ataque sobre el Cerro de San Gregorio, línea Norte del enemigo.

Una columna de mil hombres de caballería se colocó al lado Norte del Cerro de las Campanas, con intención de protejer el movimiento, que podo después debería emprender una división de -- infantería contra la Parroquia de San Sebastián, perfectamente -- defendida por las fuerzas republicanas.

El veinticuatro de abril hubo una pequeña escaramuza por el Cerro de las Campanas, en el cual cayeron prisioneros algunos soldados del Cuerpo de Supremos Poderes y cuando se intentó eva-- cuar la plaza la noche del catorce de mayo, la fuerte División -- de Caballería del General Guadarrama, se vió desplegada frente a la pequeña eminencia.

Tomada la plaza la mañana del quince de mayo, hermosa mañana alumbrada por un Sol espléndido; Maximiliano se dirigió violentamente al Cerro de las Campanas, que presentaba un aspecto -- verdaderamente interesante.

LOS MOMENTOS POSTEROS DE LA LUCHA.

El Comandante Juan Ramírez se adelantó al correr de su -- cabalgadura hasta el Cerro, para avisar al Coronel Antonio Gayón que mandaba el punto, que el enemigo había penetrado a la plaza -